

DÍA 7

UNA HUMILDAD QUE SE SACRIFICA



Las actitudes de los discípulos antes de Pentecostés fueron dramáticamente diferentes de sus actitudes después de Pentecostés. Diez días en el aposento alto produjeron una diferencia marcada. El evangelio de Lucas menciona que, poco antes de la muerte de Jesús, “hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor” (Luc. 22:24). Esto sin duda no parece la descripción de un grupo de hombres a los que

se les ordenó ejemplificar el amor de Cristo en las ciudades y pueblos que se les pidió que alcanzaran con el mensaje de la cruz. No parece ser una comunidad de creyentes a la que se le pueda confiar el poder del Espíritu Santo para “trastornar el mundo entero” con su predicación. Las ambiciones personales dominaban sus pensamientos. Motivados por el lucro personal, estaban mucho más interesados en lo que recibirían por seguir a Cristo que

en darse a sí mismos en un servicio desinteresado. Tenían la seguridad de que estaban listos para gobernar con Cristo en su próximo reino y anhelaban la preeminencia.

La seguridad de Pedro desbordaba cuando se atrevió a decir que estaba dispuesto a ir “no solo a la cárcel, sino también a la muerte” (Luc. 22:33). De hecho, según el Evangelio de Mateo, todos los discípulos expresaron esta misma actitud arrogante y segura de sí.

Pedro le aseguró a Jesús: “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mat. 26:35). En la lucha por el primer lugar, estos discípulos no comprendieron la esencia del evangelio. Parecía que hicieron oídos sordos a las palabras de Jesús: “El que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat. 20:27, 28).

PENTECOSTÉS MARCA LA DIFERENCIA

Pentecostés cambió totalmente las cosas. Durante los diez días en el aposento alto, los discípulos examinaron cuidadosamente su corazón. Comprendieron su debilidad y rogaron por fuerzas. Se dieron cuenta de sus fragilidades y buscaron el poder perdurable de Jesús. Reconocieron su egoísmo y rogaron por el espíritu humilde y desinteresado de Jesús. Al describir la experiencia de ellos, Elena de White declara:

“Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones

El Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, sino que sana nuestro corazón quebrantado.

con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de su muerte, entendieron más plenamente su significado. Fueron traídas de nuevo a su memoria verdades que habían olvidado, y las repetían unos a otros. Se reprocharon a sí mismos el haber comprendido tan mal al Salvador. Como en procesión, pasó delante de ellos una escena tras otra de su maravillosa vida. Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajado demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo. ¡Oh, si tan solo pudieran vivir de nuevo los tres años pasados, pensaban ellos, de cuán diferente modo procederían!” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 29, 30).

Cuando los discípulos oraron juntos, humillando su corazón delante de Dios, el Espíritu Santo colocó en su mente las lecciones de humildad, confianza, sumisión y servicio que Cristo tanto había anhelado que entendieran. Los discípulos se sintieron reprendidos por el poder convincente del Espíritu Santo. Deseaban poder vivir de vuelta los últimos tres años y medio. ¿Alguna vez usted se sintió así? ¿Alguna vez deseó poder volver atrás y corregir los errores de su pasado? El Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, sino que sana nuestro corazón quebrantado. Nos da esperanza. Nos garantiza

que Dios tiene un plan mejor para nuestra vida. Nos inspira con promesas de un futuro mejor.

Tomemos a Pedro por ejemplo. Después de Pentecostés, era una persona totalmente cambiada. Lleno del Espíritu Santo, predicó un poderoso sermón el día de Pentecostés y tres mil personas se bautizaron en un día. Cuando las autoridades judías intentaron

Los corazones humildes son corazones que Dios puede llenar con su Espíritu Santo. Son corazones dispuestos a recibir la bendición más abundante de Dios.



acallar su testimonio, exclamó sin temor: “Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20). El jactancioso Pedro se había vuelto confiado, no en sí mismo, sino en la fortaleza del Señor. El arrogante Pedro había aprendido la lección del servicio humilde y abnegado. Escuchemos su testimonio: “Estad... todos sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de

La humildad es una actitud de servicio amante que no exagera nuestra importancia. Está constantemente preocupada por las necesidades de los demás.

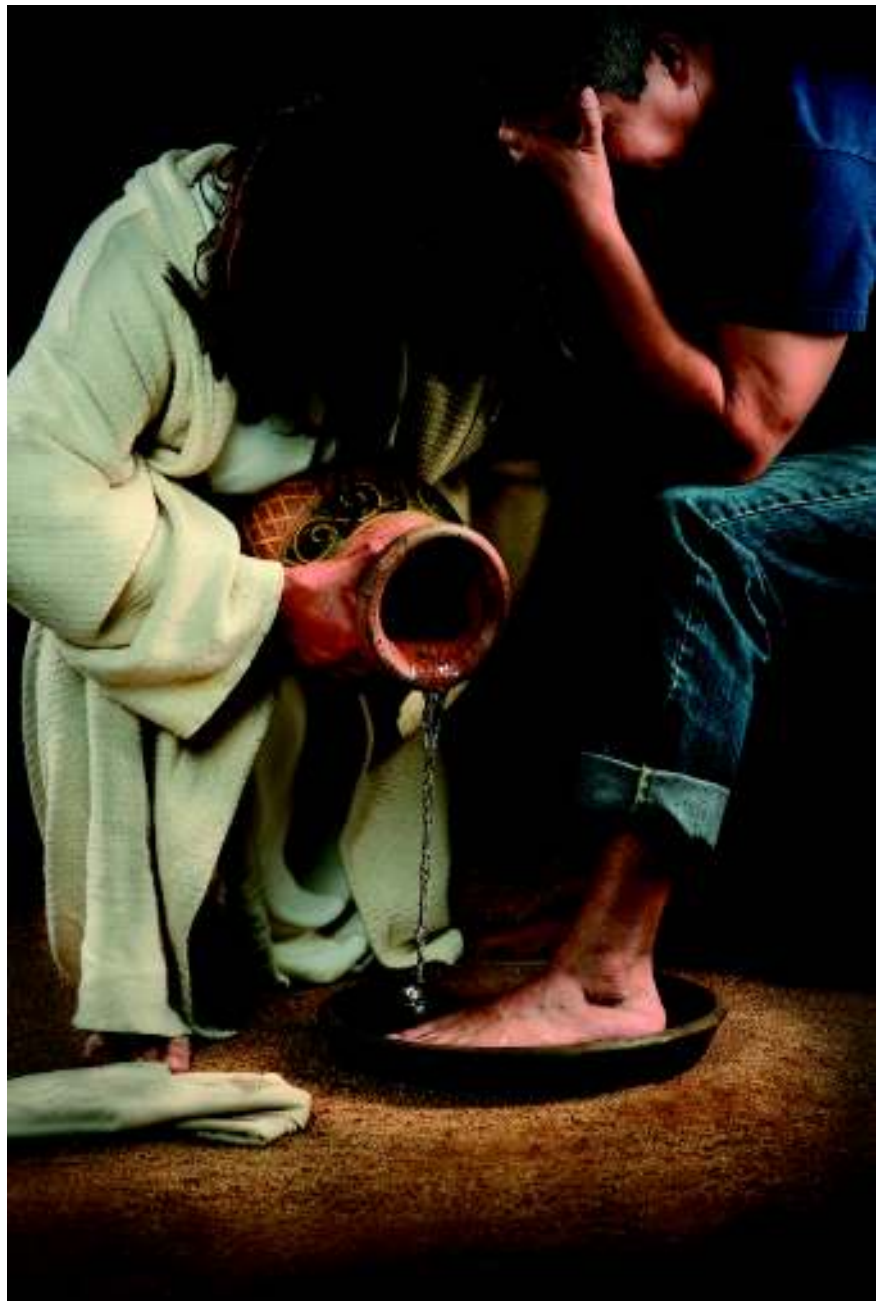
Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Ped. 5:5, 6). Los corazones humildes son corazones que Dios puede llenar con su Espíritu Santo. Son corazones dispuestos a recibir la bendición más abundante de Dios.

JESÚS ES NUESTRO EJEMPLO

Consideremos a Jesús. El Salvador dejó las glorias del cielo para venir a este mundo pecaminoso. Dejó la compañía del Padre, la

adoración de los ángeles y el culto de los seres celestiales. El apóstol Pablo describe la experiencia de Jesús con estas palabras: “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le

La obediencia humilde siempre precede a la grandeza. Dios exalta a los que se inclinan con humildad.



dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:8, 9). Jesús no solo llegó a ser hombre, llegó a ser siervo. No solo llegó a ser siervo, sino que llegó a ser un siervo obediente. No solo llegó a ser un siervo obediente, sino que fue obediente hasta la muerte. No solo murió, sino que experimentó la muerte más horrible de todas, la muerte de cruz. La muerte de Cristo en la cruz lo hizo idóneo para llegar a ser nuestro Sumo Sacerdote en las alturas celestiales, sentado a la diestra de Dios. La obediencia humilde siempre precede a la grandeza. Dios exalta a los que se inclinan con humildad.

DEFINAMOS LA HUMILDAD

La humildad es una actitud de servicio amante que no exagera nuestra importancia. Está constantemente preocupada por las necesidades de los demás. En el corazón humilde, el yo no es el centro del universo. La humildad nos lleva a centrarnos en los demás. El enfoque está en dar, no en obtener. Solo desea el bien para los demás y no los utiliza para lograr sus propios fines. La humildad es una de las características que Dios más valora. Lea los tres pasajes siguientes con oración y responda las preguntas.

Dele permiso a Dios para que quite todo el egoísmo y la codicia del corazón.

- “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:3, 4).
 - “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de humildad, de mansedumbre” (Col. 3:12).
 - “Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Sant. 4:6).
1. ¿Qué significa “estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”?
 2. ¿Cómo podemos vestirnos “de humildad”? ¿Qué es en realidad la humildad?
 3. ¿Por qué Dios “resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”?
 4. ¿Por qué la humildad es tan importante para recibir la lluvia tardía?

Durante los próximos días, pídale a Dios que le dé un Espíritu humilde. Implérole que quite todo el orgullo de su corazón. Procure tener una mente llena del deseo de servir a los demás. Dele permiso a Dios para que quite todo el egoísmo y la codicia del corazón. El Espíritu Santo puede revelar el orgullo, la ambición personal, un espíritu competitivo o el deseo de preeminencia. Si él lo hace, ábrale su corazón al poder purificador

de Jesús y recuerde que Dios nos humilla antes de llenarnos. Con frecuencia, nos humilla antes de exaltarnos.

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 43-46.

Y hoy, Dios sigue usando su iglesia para dar a conocer su propósito en la tierra.



Desde el principio Dios ha estado obrando por su Espíritu Santo mediante instrumentos humanos para el cumplimiento de su propósito en favor de la raza caída. Esto se manifestó en la vida de los patriarcas. A la iglesia del desierto también, en los días de Moisés, Dios le dio su “espíritu... para enseñarles” (Neh. 9:20). Y en los días de los apóstoles obró poderosamente en favor de su iglesia por medio del Espíritu Santo. El mismo poder que sostuvo a los patriarcas, que dio fe y ánimo a Caleb y Josué, y que hizo eficaz la obra de la iglesia apostólica, sostuvo a los fieles hijos de Dios en cada siglo sucesivo. Fue el po-

der del Espíritu Santo lo que durante la época del oscurantismo permitió a los cristianos valdenses contribuir a la preparación del terreno para la Reforma. Fue el mismo poder lo que hizo eficaces los esfuerzos de muchos nobles hombres y mujeres que abrieron el camino para el establecimiento de las misiones modernas, y para la traducción de la Biblia a los idiomas y dialectos de todas las naciones y pueblos.

Y hoy, Dios sigue usando su iglesia para dar a conocer su propósito en la tierra. Hoy los heraldos de la cruz van de ciudad en ciudad y de país en país para preparar el camino para la segunda venida de

Cristo. Se exalta la norma de la ley de Dios. El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad. Pueden verse en muchos lugares hombres y mujeres consagrados comunicando a otros la luz que les aclaró el camino de la salvación por Cristo. Y mientras continúan haciendo brillar su luz, como los que fueron bautizados con el Espíritu en el día de Pentecostés, reciben más y aun más del poder del Espíritu. Así la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios.

Por otra parte, hay algunos que, en lugar de aprovechar sabiamente las oportunidades presentes, están esperando ociosamente que alguna ocasión especial de refrigerio espiritual aumente grandemente su capacidad de iluminar a otros. Descuidan sus deberes y privilegios actuales y permiten que su luz se empañe a la espera de un tiempo futuro en el cual, sin ningún esfuerzo de su parte, sean hechos los recipientes de bendiciones especiales que los transformen y capaciten para servir.

Es cierto que en el tiempo del fin, cuando la obra de Dios en la tierra esté por terminar, los fervientes esfuerzos realizados por los consagrados creyentes bajo la dirección del Espíritu Santo irán acompañados por manifestaciones especiales del favor divino. Bajo la figura de la lluvia temprana y tardía que cae en los países orientales al tiempo de la siembra y la cosecha, los profetas hebreos predijeron el



El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad.

derramamiento de la gracia espiritual en una medida extraordinaria sobre la iglesia de Dios. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue el comienzo de la lluvia temprana, y gloriosos fueron los resultados. Hasta el fin del tiempo, la presencia del Espíritu ha de morar con la iglesia fiel.

Pero cerca del fin de la siega de la tierra se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies “en la sazón tardía”. En respuesta, “Jehová hará relámpagos, y les dará lluvia abundante” (Zac. 10:1). “Hará descender sobre ustedes lluvia temprana y tardía” (Joel 2:23).

Pero a menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega. A menos que mantengan sus lámparas aparejadas y ardiendo, no recibirán la gracia adicional en tiempo de necesidad especial.

Únicamente los que estén recibiendo constantemente nueva provisión de gracia, tendrán una fuerza proporcional a su necesidad diaria y a su capacidad de emplear-

la. En vez de esperar algún tiempo futuro en que, mediante el otorgamiento de un poder espiritual especial, sean milagrosamente hechos idóneos para ganar almas, se entregan diariamente a Dios, para que los haga vasos dignos de ser empleados por él. Diariamente están aprovechando las oportunidades de servir que están a su alcance. Diariamente están testificando por el Maestro dondequiera que estén, ya sea en alguna humilde esfera de trabajo o en el hogar, o en un ramo público de utilidad.

Para el obrero consagrado es una maravillosa fuente de consuelo el saber que aun Cristo durante su vida terrenal buscaba a su Padre diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia necesaria; y de esta comunión con Dios salía para fortalecer y bendecir a otros. ¡Contemplan al Hijo de Dios postrado en oración ante su Padre! Aunque es el Hijo de Dios, fortalece su fe por la oración, y por la comunión con el cielo acumula en sí poder para resistir el mal y para ministrar las necesidades de los hombres. Como Hermano Mayor de nuestra especie, conoce las necesidades de quienes, rodeados de flaquezas y viviendo en un mundo de pecado y de tentación, desean todavía servir a Dios. Sabe que los mensajeros a quienes considera dignos de enviar son hombres

débiles y expuestos a errar; pero a todos los que se entregan enteramente a su servicio les promete ayuda divina. Su propio ejemplo es una garantía de que la súplica ferviente y perseverante a Dios con fe –la fe que induce a depender enteramente de Dios y a consagrarse sin reservas a su obra– podrá proporcionar a los hombres la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra el pecado.

Todo obrero que sigue el ejemplo de Cristo será preparado para recibir y usar el poder que Dios ha prometido a su iglesia para la maduración de la mies de la tierra. Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración,

A menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega.

él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios. 🔥